tado, humilde, ya que es solamente Dios quien lo pudo y lo puede todo, y que por ende es el supremo inspirador de nuestra conducta.

La fe es la fuerza íntima que multiplica nuestros esfuerzos. De ella surge la seguridad y energía que empleamos en nuestra acción profesional. La confianza en sí mismo y en Dios, reemplaza a la duda, nos da la inspiración necesaria para solucionar los difíciles problemas del quehacer policial. Grandeza de espíritu y paz interior, que nos permitirá brindar un corazón abierto a todas las necesidades del prójimo, nuestro verdadero hermano.

Las profundas connotaciones éticas de la función policial; su contacto con el ser humano en las situaciones más dolorosas y difíciles de la vida; la lucha constante contra el delito y el mal en todas sus formas, son algunos de los muchos motivos que hacen aconsejable en el policía la fe religiosa. Su intensidad, podrá variar de acuerdo con los temperamentos y la formación que trae del hogar. Pero lo que no puede admitirse es la carencia de un ideal superior, que a manera de postulado, reafirme con la idea del Ser Supremo, la convicción de los principios morales que sustentan su diario accionar.

Siendo Director de la Escuela de Policía de la Provincia, por primera vez incorporé clases de religión a cargo del capellán de la entonces Jefatura de Rosario. No obstante mis gestiones, no pude lograr, como sería necesario, uno exclusivamente para la escuela. No es mi propósito realzar una gestión personal, sino solamente destacar porque estamos en el tema, lo útil de esa iniciativa, y los efectos logrados.

Además de las clases de moral que se dictaron, el acierto de la medida se evidenció por la ayuda y consejo espiritual que se prestó a los cadetes que, provenientes de muy diversos estratos sociales, tanto lo necesitan. Este auxilio espiritual, moral y religioso, indispensable en el período de formación profesional, lo es también en todo el transcurso de la carrera.

La falta de principios morales, el sentido materialista de la vida y la búsqueda de intereses puramente hedonistas, la falta de ideales superiores, que tanto daño hacen al recto ejercicio de la función, siendo fuente de toda clase de vicios, de corrupción administrativa y de una verdadera traición a la confianza que se deposita en la Policía, pueden tener origen en la falta de creencias religiosas, porque sólo ellas proporcionan una base inconmovible de una moral sin condicionamientos y sin concesiones.

Es alentador saber que en la actualidad, la Escuela de Policía de Rosario, que forma los futuros oficiales para toda la provincia, no sólo cuenta con la guía espiritual del mismo Capellán al que me he referido, sino que sus cadetes, con sus propias manos, con absoluto desinterés, y agregando un esfuerzo más al de sus estudios, han construido una hermosa capilla, pequeña, pero suficiente para que en sus momentos de meditación busquen en Dios la fe necesaria para emprender con firmeza un camino de trabajos y sacrificios en beneficio de la patria y de la sociedad.